

**LA DERROTA DEL PENSAMIENTO**  
 POR ALAIN FINKIELKRAUT  
 Editorial Anagrama, Barcelona, 1988



1. A diez líneas del final del libro, editado originalmente por Gallimard, París, 1987, Finkielkraut enuncia: "Así pues, la barbarie ha acabado por apoderarse de la cultura". Sus premisas, desarrolladas en las cuatro partes que componen la obra, tocan puntos sensibles del pensamiento actual y conducen a una cuestión que, a su vez, nos toca con fuerza a nosotros: "la filosofía de la descolonización".

Los filósofos franceses actuales han elaborado ideas contrarias al repertorio vigente aún. En vez de "identidad", "unidad", "continuidad", se proponen pensar en términos de "diferencia", "diversidad", "segmentación" Finkielkraut muestra cómo de tanto buscar las "diferencias", se ha terminado por pulverizar la idea de cultura a tal punto que todos los particularismos reclaman ser válidos (todo es cultural, desde un comic a un Miró). Demasiado lejos se habría llegado en todo esto, según el autor. Su propuesta es que el pensamiento debe volver a ocuparse de lo universal, si quiere sobrevivir.

2. En las partes I y II habla de la contraposición en juego: una cultura universal contra los provincialismos. Hay dos momentos en esta propuesta: a) o Las Luces o el Romanticismo; b) o la UNESCO o el nuevo proyecto epistemológico de las ciencias sociales. En este segundo instante aparece la cuestión de una filosofía de la descolonización.

a) El primer momento. La existencia de una cultura universal es una posibilidad planteada por el Iluminismo. La racionalidad, que porta la universalidad, aleja la posibilidad del particularismo cultural. Gracias a la "Razón" la cultura se puede convertir en Civilización. Esto significa la continuación de lo "humano" en Occidente, de la idea estoica de Humanidad (unión bajo la común razón). Pero el programa de la Ilustración es de lucha: la consigna es contra la barbarie que significa la sujeción de un hombre por otro, de la sumisión que producen la ignorancia y el prejuicio. El arma contra la barbarie es la Razón, el instrumento especializado, la educación. Ambos tienen poder liberador de la atadura intelectual y política. Del "Quien conoce el bien no puede obrar mal", socrático, al "Quien se educa es libre", de Condorcet.

El Romanticismo alemán representa el movimiento contrario del péndulo. Finkielkraut cita a Herder (1774), quien habría lanzado a circulación la idea de "genio nacional", mediante la cual se abandona lo universal para entrar en un nacionalismo que infla de orgullo a los compatriotas. Según este nacionalismo étnico cada pueblo tiene su cultura, su conjunto de actitudes y expresiones propias, su "identidad cultural". De aquí al racismo hay menos que un paso. El Romanticismo le reclama a los ilustrados franceses haber pretendido aplastar todo lo particular propio de un pueblo. No pocas consecuencias epistemológicas tuvo todo esto; comienzan a formarse las "ciencias humanas" como la etnología y la antropología<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Alianza Editorial ha editado en 1988 las *Primeras Consideraciones Intempestivas*, de Nietzsche. Lo que allí se debate es ese "genio nacional" en estado de decadencia. Nietzsche reclama un verdadero genio nacional. Se queja de que Alemania no tenga, entonces, más que una "cultería", una cultura "filistea", sin sentido ni metas, una mera opinión pública. Y despedaza a Strauss, exponente de esa cultería autosatisfecha, acritica, meramente académica, hecha sobre la base de cero reflexión, de máxima aceptación de todo lo pomposo, repetido, tópico, vigente, y de todo aquello, en fin, que suene bien a un oído "culto". El filisteo parece estar bien representado por el practicante de la pura erudición sin pensamiento (idea muerta del conocimiento), sólo

b) El segundo momento. La contraposición reaparece en nuestro siglo. La UNESCO retoma las Luces en contra del Romanticismo. Su proyecto es, de nuevo atacar la barbarie, que ahora luce apellidos: nazismo, fascismo. El fin de la UNESCO es liberar a los hombres de la ignorancia por medio de la instrucción en el conocimiento objetivo. Son Diderot y Condorcet quienes hablan en la sesión inaugural de la Organización.

Pero luego, el péndulo inicia su viaje de regreso. Es Lévy-Strauss el que, apoyando la idea inspiradora de la UNESCO, ataca, sin embargo, su fundamento iluminista. Ahora las ciencias humanas deben proporcionarnos claramente las diferencias culturales y resaltar y describir lo propio de cada sociedad.

3. Pero las Luces, con su proyecto de irradiar una racionalidad única, fue el fundamento también de la colonización que Europa llevó a cabo. La Ilustración había terminado por imponer a todos la razón de Europa: "La forma a un tiempo más expedita y más generosa de hacer ingresar a los retrasados en la órbita de la civilización" (p. 59). Más adelante: "Armados con esta certidumbre los europeos emprendieron, a finales del siglo XIX, su obra de colonización" (p. 59).

Después de la colonización conceptual, se requiere ahora una "Filosofía de la Descolonización". En las partes II y III queda dibujada la figura de la situación descolonizada, reconocida ahora con hipocresía por parte de Europa. Es hoy, cuando los europeos ya no pueden absorber la masa de inmigrantes, que ellos ayudaron a formar cuando lo necesitaron, que les urge descolonizar, ya que, se argumenta, no sería posible hacer vivir juntos a franceses y africanos, dos "culturas tan distintas". El pensamiento vuelve a prestar sus servicios.

La cultura francesa admiró lo universal. Eso, hoy, según Finkielkraut, está cambiando. La cultura se desmigaja en todas sus diferencias. El mismo Colegio de Francia ha querido aclarar esto: sólo la ciencia puede desligarse del lugar donde nació. Todo lo demás: "Costumbres, instituciones, creencias, producciones intelectuales y artísticas" (102), permanecen ancladas en la región. Por esto, "Flaubert no es un explorador de la existencia, sino, al igual que Proust o Cervantes, el revelador de una situación, de un cantón (103)". No queda claro, en todo caso, la situación de la universalidad de las ciencias fácticas sociales propiamente tales.

Todo se le confunde ahora al hombre. Es un hombre que necesita ser independiente de todo, transformar sus obligaciones en meras opciones. Ninguna autoridad, ni histórica ni trascendente, puede hacer cambiar sus preferencias. Por ejemplo, se le desdibujan los límites entre cultura y diversión; todo acto es cultural y ninguno tiene supremacía sobre otro. Todo, dice el autor, "Flota absurdamente en un espacio sin coordenadas ni referencias". Lo mismo da una obra de Neruda que un par de botas. Esta barbarie ha derrotado al pensamiento. Supuestos de Finkielkraut: los absolutos hay que defenderlos; el pensamiento piensa lo universal, de lo contrario, desaparece.

Nos han puesto por delante esta filosofía de la descolonización: ¿tendremos nosotros que hacer algo con nuestra "diferencia"?

ALEJANDRO RAMÍREZ FIGUEROA

---

protegido por la seguridad que ofrece lo académicamente sancionado. Nietzsche sueña con poder establecer una verdadera cultura de lo alemán: "Mi tarea: captar la coherencia interna y la necesidad de toda cultura verdadera. Los medios que sirven para defender una cultura, para salvaguardarla, la relación de la cultura con el "genius" del pueblo" (p. 158).